

LA CHUÑA, un cuento de BENITO LYNCH



BENITO LYNCH es uno de los novelistas y cuentistas argentinos de personalidad más acentuada y característica. De un realismo vigoroso, sus obras cautivan por lo fuerte y pintoresco de las descripciones, por la emoción que alcanzan a sugerir con la más sobria y artística simplicidad de procedimientos, por el estilo espontáneo y rico y el acierto en la elección de asuntos, siempre adecuados a las aptitudes especiales del autor.

Su novela *Los Caranchos de la Florida* (1916), publicada por la Biblioteca de LA NACIÓN, le impuso rotundamente en el ambiente literario rioplatense. Hay en esa novela páginas que han sido juzgadas magistrales. Antes había publicado el Sr. Lynch, *Plata Dorada* (1909). Posteriormente ha escrito *Raquela* (1918), *La evasión* (colección de cuentos) y *Las mal llamadas* (novela).

través, debajo de los cueros estaqueados para dar caída a las aguas pluviales, suspende el movimiento para reírse:

—¡Ta-ta-tá!... ¡Tu deber!... ¡No seas zana-horia, ni me creas tan otario!... ¡Tu deber!... ¿Ya no te acuerdas de aquella vez en que lloraste tanto, que mamá no sabía cómo consolarte, porque *el viejo*, en un apuro, hizo que Ceferino montase en el roano para ir hasta la pulpería?...

Mario se enoja de veras:

—¡No seas imbécil!... ¿quieres?... Yo era un chico entonces y no tenía como ahora... quince años sobre el alma...

Pero Leo que a la sazón desenvuelve y extiende sobre el suelo, con bruscos tirones, la faz interior y sangrienta de un gran cuero rosillo, torna a replicarle con mofa:

—¡Quince años!... ¡Quince patadas en la barriga, debería darte tu matungo, por inconsecuente y por ingrato! ¿Y el año pasado?... ¿Y este mismo año, este mismo invierno no más?... ¿No te acuerdas ya, cuando *el viejo* le quiso prestar el burro a aquel señor Haldaverde o Haldamacana, que vino de Buenos Aires?... ¡Ah, ah! ¿No te acordás del escándalo que armaste?... ¿No te acordás? ¡A ver, deci!...

Mario mira por un instante a su hermano

y después replica categórico, avanzando despectivo el labio bello:

—¡Idiota!.. el señor aquél era un maturrango y yo no estaba para que me lastimara el caballo del lomo.

Pero Leo no se convence:

—¡Salí!.. ¡Salí! ¿Y ahora sabés quién lo va a ensillar, no?... ¡Qué vas a saber!.. ¡No macaniés!.. ¡Y mirá que día, tan luego para un aparte de novillos! ¡Quién sabe a qué bestia se lo habrá dao a ensillar tu don *Fruta!*.. ¡Pobre roano!.. ¡Pobre sotreta!... ¡Ya me parece verlo volver con una matadura desde la cruz hasta la cola, y las verijas como picadillo a pura punta de espuela!... ¡Ja! ¡Ja!

Y al ver que Mario se alza de hombros despectivo, Leo agrega en seguida con viveza:

—¡Sí, sí! .. ¡Encójete de hombros no más; encójete como pata asada!... Ya sé que ahora no importa, que ahora no te importa ninguna de las cosas que antes te importaban. Con razón dice *el viejo* que estás hecho un babioca y con razón estaqueaste tan bien el otro día, el cuero aquél, del toro *embi-chao* que se murió en la laguna...

Mario ofendido, contrae el ceño y dice conteniéndose con esfuerzo:

—¿Qué tenía el cuero? ¡Desgraciado!... ¿Querés decirme?...

Y Leo le explica con voz meliflua:

—Tenía, *ilustrísimo señor*, que estaba todo torcido y con unas bolsas en vez de pliegues, como para que se pudriera, tan sólo con la humedad del rocío.. ¡Eso tenía, *Excelencia!*...

—¡Oh no seas estúpido!... ¡Qué sabés vos de cueros!...

—Es verdad, *señor Príncipe*... Sé tampoco que *el viejo* me mandó estaquearlo de nuevo, después de decir que *Vuestra Alteza*, «no servía ni para ir a ver quién venía»,... ¡Ja, ja!...

—¡Calláte! ¡Mocosol!... ¡Maturrango!... que te volteó *el Colorado*...

—Me volteará *el Colorado*, pero no ando haciendo papelones detrás de *La Chuña*...

Mario se pone pálido:

—Mirá Leo!... ¡Ya te he dicho que no la llares así a Zunilda, porque te voy a romper el alma!...

—¿Y acaso no es cierto?

—¿No es cierto el qué?...

—¿Que tienes la nariz *así*, quebrada, como el pico de las chuñas?

—¿Y a vos qué te importa como la tenga?... ¡Tan linda que la tendrá el imbécil!...

—No sé cómo la tendré, pero no hago el *inamorato*, ni los gauchos se ríen de mí, cuando voy a la pulpería.

—¿Y quién se ríe de mí, estúpido? ¡A ver, decíme!...

Leo, que no deja de trabajar mientras discute y que en ese momento clava la estaca de cola, que es como se sabe, uno de los

(Pasa a la página 333).

CUANDO Mario, con las manos en los bolsillos, la espalda agobiada y arrastrando mucho los pies, se presenta en el sitio en donde bajo el sol de fuego y los remolinos del viento recio, Leo, su hermano menor, se ocupa en estaquear cueros vacunos, éste levanta la cabeza cubierta por un gran sombrero de paja y le dice entre burlón y jactancioso:

—¡Mirá que líneas che!... ¡Modelo de tipo embarque!...

—¡Ah, ah!...

Y en seguida y a tiempo que pone un pie sobre una de las pieles que aún están sin estaquear y que parecen grandes piezas de felpa amontonadas en el suelo, Mario constata lánguidamente:

—Trajeron más...

—¡Y cómo te va!... Trajeron siete... ¿No ves?... Tres estaqueados y éste cuatro y ese yaguané y aquel bayito y ese otro donde tenés la pata... Total: ¡Siete!...

Y sin soltar la maceta con que golpea, el niño se pasa el dorso de una mano por la frente sudorosa y congestionada por el bochorno y añade con una sourisa escéptica:

—Ya ves... Cuatro vacas y tres novillos gordos ahogados en el jagüel, por no haber querido *El Viejo* que pusieran el alambre allí donde vuelca la manga... ¡Palabra que me alegraría si hoy después del *aparte* se le tirara al jagüel todo el rodeo!...

Pero como Mario, siempre con un pie sobre el cuero y la mirada perdida en las lejanías polvorosas del horizonte, no le contesta ni tan siquiera parece escucharle, su hermano, quizá resentido, cambia bruscamente de tono y de tema y le dice casi agresivo:

—¡Ah!... Me dijo Aguilera que has dado tu consentimiento para que echen a trabajar *el roano* en el rodeo... ¿Es cierto?...

Mario saca el pie de sobre el cuero y se pone a rascarse con gesto dolorido cierta comezón de *bichos colorados* que siente en una pierna.

—Sí... —dice con indiferencia— Me lo pidió don Frutos... No hay caballos. Vos sabés que con estos trabajos tan fuertes, toda la mancarronada se ha deshecho y el roano en cambio está demasiado gordo...

Leo meneaba la cabeza:

—¡Está bueno!

—¿El que está bueno?

—¡Caray!... ¡Eso!... Esa conformidad tuya, esa facilidad con que te has resignado esta vez a prestar tu caballo, vos que te hubieras hecho matar en otro tiempo, antes de consentir que otro...

Mario se incomoda:

—¡Oh!... ¡Déjate de decir pavadas!—gruñe— ¿O te pensás que uno es siempre un chico?... Papá también ha dicho que faltan caballos y mi deber es ayudarlo en todo...

Leo, que en este momento se dispone a introducir el medio poste que se coloca de